

estupenda pianista en plena infancia. Tan estupenda, que su fama, la llevaba a tocar en salones de reyes, príncipes, grandes duques y «landgraves» e incluso en el Olimpo de Weimar, donde trabajaba con paciencia de orfebre las estrofas de la segunda parte del «Fausto» el glorioso anciano Goethe.

El efecto del encuentro entre los dos jóvenes fué maravilloso. Roberto Schumann, buscaba hacía tiempo «un alma capaz de comprenderle bien y con simpatía, sintiendo por él un afecto puro y altruista». «Chiarina», en su edad turbada e indecisa y obligada por el padre a consagrarse en cuerpo y alma a la música, sólo buscaba la música. Roberto se le apareció como un ángel musical. «Chiarina» era la simpatía, la pureza y el altruísmo anhelados por Schumann. Así, pues, cada uno halló en el otro lo que buscaba. Primero, en una faceta de amistad fraternal, hecha de mutua admiración, de juegos, de risas y de riñas. Ambos reciben las lecciones del hosco Federico Wieck y sueñan juntos sus sueños artísticos. Cuando no la tiene cerca, Schumann piensa en Clara «como un peregrino en el lejano retablo». Ella no sabe todavía lo que piensa de él, aunque según dice a una amiga «a nadie quiere como a Roberto... aunque él no la quiere tanto como ella creía». Las bromas, los juegos y el estudio les acercan, pero pronto se interpone otra mujer, Ernestina von Friken, también discípula de Wieck. Roberto se prenda de ella y con inconsciente crueldad utiliza a «Chiarina» como confidente y portadora de sus mensajes a la coqueta baronesa. «Chiarina» sufre y calla. Cree tener envidia de Ernestina, cree odiar a Schumann, cree que debe llorar, cree que va a morir. Lo único que quizá no

cree es que tiene celos, porque aún no cree que está enamorada.

Con uno de los extraños giros de su espíritu, Roberto vuelve de su absurda evasión del corazón que el cielo le tiene destinado, reconoce amar a Clara y se lo dice. Ella se siente plena de felicidad. Inoportunamente, un accidente en la mano que casi le imposibilita para tocar el piano, una violenta discusión con Wieck y una serie de extravagancias cometidas en la pequeña ciudad en que viven, han apartado a Schumann de su maestro, quien al darse cuenta del idilio naciente, se opone con todas las fuerzas de su alma. Clara y Roberto continúan viéndose a escondidas y ella, siempre que le es posible, incluye en los programas de sus conciertos las nuevas obras que él crea. Después de una serie de dificultades y contrariedades que duran varios años, los novios se ven obligados a acudir al Tribunal de Leipzig para pedir se obligue a Wieck a consentir el matrimonio.

A lo largo de los catorce años que duró éste, Clara Schumann demostró una grandeza de alma que muy pocas mujeres hubiesen podido igualar. El genio, siempre es desequilibrio. Y el de Schumann estaba tarado por herencia. Sin dejar de amar profundamente a su mujer, de considerarla su musa y su mejor intérprete, de reconocer y venerar su bondad y paciencia inagotables, provocaba constantemente con las aristas de su temperamento las lágrimas de «Chiarina», que nunca se queja. Al contrario, se considera la más feliz de las mujeres, por estar unida al que juzga el más grande de los músicos. Bajo sus dedos agilísimos han pasado por el teclado los viejos clavecinistas, el patriarca Bach, el divino Mozart, el elegante Haydn, el colosal Beethoven, el adorable Schubert.